

OBRAS DE MISERICORDIA EN EL MUNDO DEL CUIDADO



ORDEN HOSPITALARIA DE SAN JUAN DE DIOS

Clínica Nuestra Señora de La Paz

Ilustradas por Ferdinando Michelini
Fotografías de Mateo Biatta
Textos de “L’avete fatto a me”- C.E.I.

Fatebenebratelli, Speciale Inserto 2/2016
Versión al español: Calixto Plumed o.h. 9/2016



ORDEN HOSPITALARIA DE SAN JUAN DE DIOS
Clínica Nuestra Señora de La Paz

Esta separata especial es una oferta a los lectores por el Año Jubilar de la Misericordia y para conmemorar los 80 años de la revista; pretende ser un instrumento práctico para facilitar el encuentro y profundizar con las obras de misericordia. Esperamos sea acogido y utilizado sobre todo para la animación pastoral en nuestros centros asistenciales.

Las imágenes propuestas de las obras de misericordia han sido realizadas en 1952 por Ferdinando Michellini y se encuentran en nuestra Residencia Socio Asistencial San Pio X de Romano D'Ezzelino (Vicenza). Para esta publicación han sido hábilmente fotografiadas por Matteo Biatta de Brescia. Una hermosa catequesis de imágenes que nos ayudan e invitan a visualizar el bien que experimentamos, vivimos y damos mediante sencillas acciones cotidianas, a las que con frecuencia no prestamos atención de manera particular: comer, beber, vestir, acoger, visitar, sepultar, aconsejar, enseñar, amonestar, consolar, perdonar, soportar, orar.

FERDINANDO MICHELINI

Nace en Milán el 20 de marzo de 1917, estudia arte en la Academia Brera de Milán posteriormente pintura en Roma y París. Durante la guerra fue hecho prisionero en el campo de concentración de Ravensburg y liberado el '45 por la Cruz Roja suiza, pesaba 38 kilos. Llegaba a ser arquitecto. En 1959 se recupera, en estado crítico, en el hospital S. Giuseppe, y así recuerda su curación: “el ataque fulminante del mal, la recuperación en el hospital, la mirada al cuadro de Pampuri, las oraciones de intercesión de los Hermanos de San Juan de Dios”. Ya recuperado Michelini ha dedicado todo su tiempo a la construcción de iglesias, hospitales y escuelas en tierra de misión: “es mi manera de agradecer a Dios por la vida de más que me ha dado”. Muere en Como a la edad de 91 años el 27 de octubre de 2008.



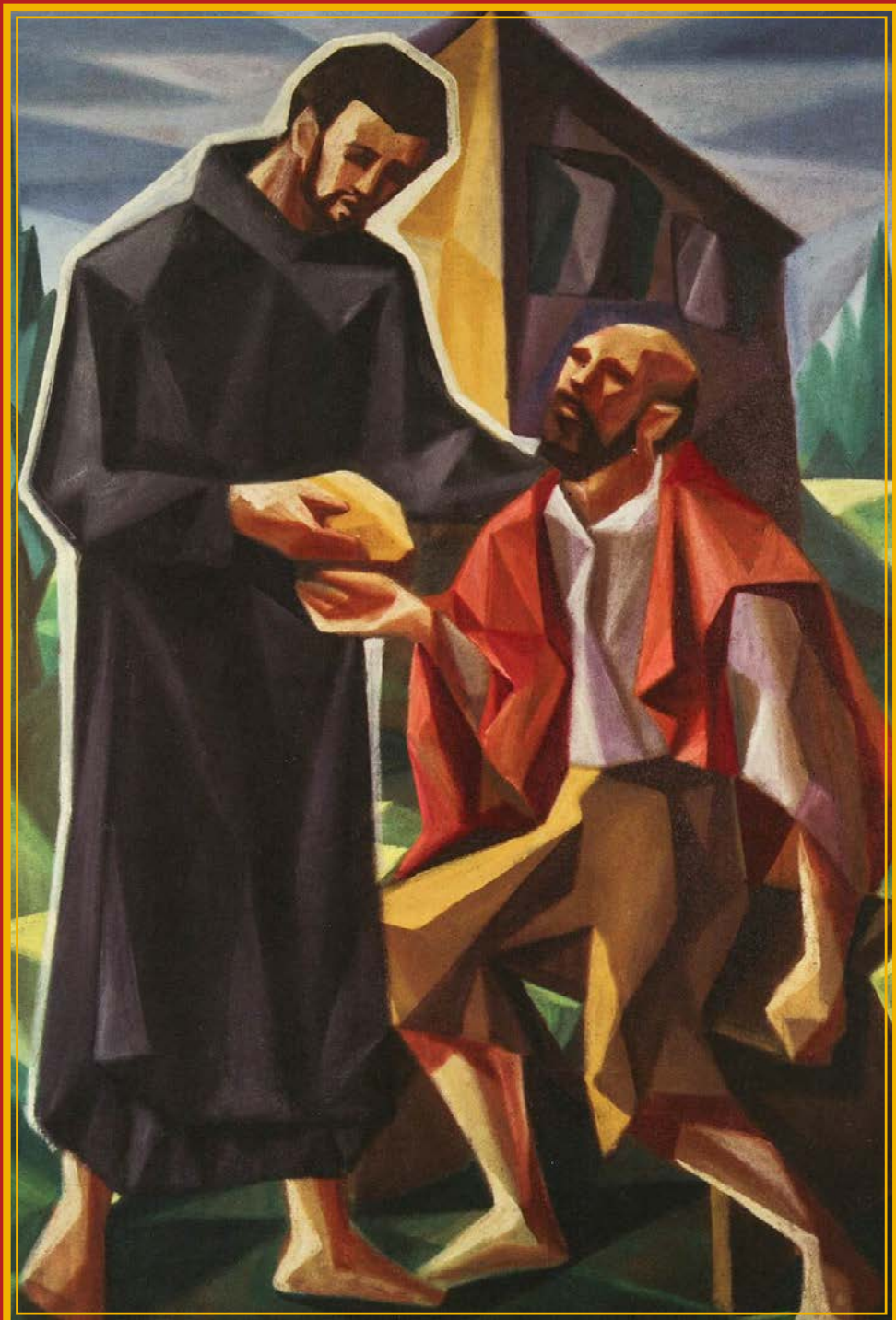
Los textos que se proponen en esta separata especial están dedicados a las obras de misericordia en el mundo de los cuidados y son una breve síntesis, a cargo de Elvio Frigerio, sobre las reflexiones recogidas de forma completa en el libro “L'avete fatto a me”. Encontramos los comentarios a las 14 obras de misericordia, 7 corporales y 7 espirituales desde la perspectiva de la pastoral de la salud. Reflexiones ofrecidas por asesores y colaboradores de la Oficina Nacional para la pastoral de la salud, de la cual don Carmine Arice es presidente. Este texto es una ayuda sutil y de agradable lectura que nos hace reflexionar sobre nuestra manera de acercarnos a los que sufren y sobre cómo vivimos la misericordia. El deseo de don Carmine es que los textos sean utilizados normalmente para la animación pastoral.

LA PALABRA DEL PAPA FRANCISCO

“Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina. La predicación de Jesús nos presenta estas obras de misericordia para que podamos darnos cuenta si vivimos o no como discípulos suyos” (*Misericordiae Vultus*, 15).

Del Evangelio de Mateo 25, 31-46

«Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: ‘Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y acudisteis a mí.’ Entonces los justos le responderán: ‘Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y acudimos a ti?’ Y el Rey les dirá: ‘En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis.’ Entonces dirá también a los de su izquierda: ‘Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me acogisteis; estaba desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis.’ Entonces dirán también éstos: ‘Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o forastero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?’ Y él entonces les responderá: ‘En verdad os digo que cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo.’ E irán éstos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna».



I. DAR DE COMER AL HAMBRIENTO

Marco Fabello O.H.

Director General I.R.C.C.S. Centro San Giovanni di Dio Fatebenefratelli de Brescia

Hago referencia a mi vida y a mi experiencia para imaginar qué se quiere decir con la primera obra de misericordia “Dar de comer al hambriento”. Imagino el hambre de saber de un enfermo en el hospital o en casa, que espera con ansiedad conocer su estado de salud. También el hambre insaciable, casi de todos aquellos familiares, que acompañan con preocupación a sus seres queridos a una visita médica, y en un examen invasivo, y que depende de cualquier movimiento del médico, de cualquier gesto, de una sonrisa, de una palabra, de su “sentencia”.

Quiero solamente pensar en otro enfermo que desde hace tiempo se encuentra en un hospital y, que acostumbrado a recibir la Santa Comunión, no ve llegar a nadie para saciar su hambre eucarística.

Imagino a madres que por causas diversas no pueden ver a sus hijos en el hospital: cuánta hambre de afecto y de amor sacrificada por las reglas de la comodidad organizativa y no por lo que promueve lo humano.

Pienso por un momento en los trabajadores sanitarios que tienen hambre de conocer, que tienen necesidad del pan de la puesta al día científica, ética y humana.

No puedo olvidar el hambre de humanización de las estructuras sanitarias que frecuentemente se constriñen y engullen el pan que lleva tiempo duro y seco, porque desde hace mucho ha permanecido apagado el fuego que lo mantenía todavía oloroso y fragante.

Me imagino el hambre de conocer de aquellos que viven en la pobreza y no pueden permitirse ir a la escuela.

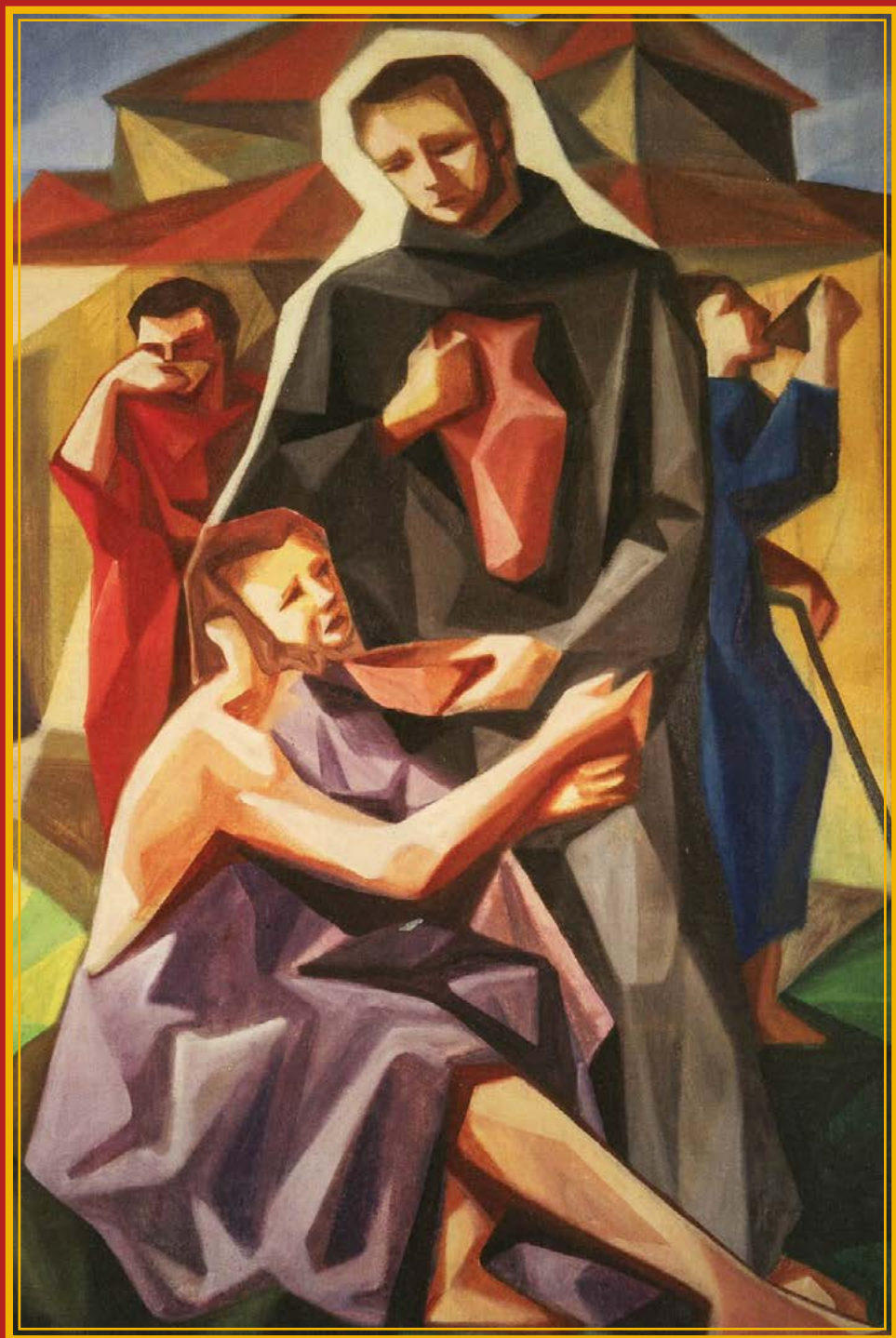
Pienso en todas las personas en la cárcel o en el propio domicilio, que esperan desde hace años una sentencia y tienen una gran hambre de justicia.

Pienso en todos los parados a los cuales les puede faltar también el pan de cada día y que tienen una gran hambre de trabajo.

Ciertamente también, puede haber verdadero pan de harina, que sacia el hambre material y que a muchas personas les falta o les es insuficiente para vivir una vida digna.

¡Por último, puede suceder que nos falte el hambre de agradecimiento!

Debemos tener hambre del deseo de decir siempre un gran GRACIAS al Señor por el don de sí mismo en el Pan Eucarístico, que nos alimenta y nos da fuerza en nuestro caminar diario en el mundo de los pobres, de los enfermos y de los que sufren que son nuestro pan cotidiano, para nosotros.



II. DAR DE BEBER AL SEDIENTO

Tullio Proserpio

Capellán del I.R.C.C.S. Instituto Nacional de Oncología de Milán

“Dar de beber al sediento”. Expresión que conocemos muy bien que nos sirve para expresar la invitación concreta a hacerse solidarios con respecto a cuantos viven esta necesidad.

El episodio de la samaritana me parece que indica necesidad y gran sed de relación verdadera y auténtica. En este episodio, Jesús trata de mostrar su propia necesidad, la propia imposibilidad de actuar solo, muestra la propia pobreza. Solo quienes comparten la misma condición de pobreza pueden realmente hacerse cercanos al otro. Una auténtica pobreza compartida puede abrir el espacio para una relación verdadera y fecunda cuyo éxito no está garantizado a nadie y que todavía se reserva al Señor...

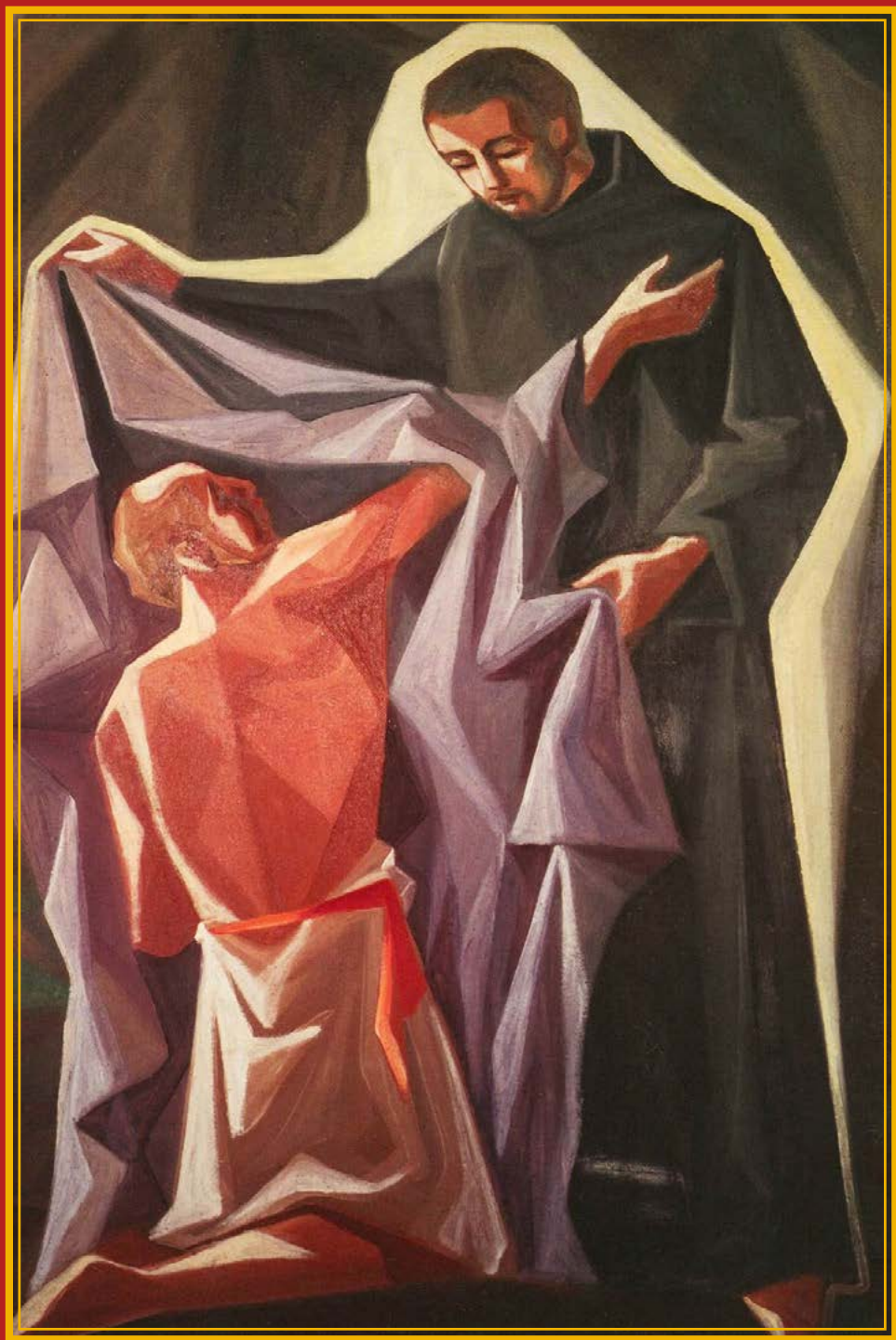
Cuantos se encontraban a Jesús, entraban en relación con Él y salían como transformados, se puede decir que el propio encuentro con Él era sanador. De alguna forma, se puede decir que Cristo era el “fármaco” mismo, aportando alimento, paz, serenidad al cuerpo y frecuentemente al alma de las personas.

La relación no deja a nadie indiferente, de alguna forma compromete, tal vez es este uno de los motivos por el cual se teme entrar en la relación: sé cómo empiezo la relación pero no como salgo. No se puede saber a priori qué pasa, no sólo en el otro sino también en la profundidad de aquellos que salen al encuentro del necesitado. Cuanto más uno se dispone al encuentro, al diálogo, tanto más crece la esperanza.

La fe cristiana, tiene en el corazón la relación: de persona a persona; el Dios cristiano es el Dios Persona. Cada ser humano busca y desea relaciones así porque cada ser humano está creado a imagen y semejanza de Dios y lleva dentro de sí esta impronta que es la impronta misma de Dios cuya esencia profunda es relación de amor Padre-Hijo-Espíritu Santo.

La relación no se posee, se vive. Es un continuo devenir, es una realidad no estática sino dinámica. La necesidad de relación expresa nuestra humanidad más verdadera y auténtica.

Como personas singulares que formamos parte de la Iglesia experimentamos la responsabilidad de no traicionar aquel Rostro que todavía hoy fascina y atrae incluso entre aquellos que se declaran no creyentes. Un hombre que acoge, que no juzga, consuela, llora, ríe, comparte con los hombres y mujeres de su tiempo los momentos de alegría y los de tristeza. Sin llegar a ser ingenuo o desprevenido: un hombre que aplaca el abrasador y ardiente anhelo del corazón de cada hombre.



III. VESTIR AL DESNUDO

Michelle Sardella

*Director de la Oficina de pastoral de la salud de la Diócesis de Porto- Santa Rufina
y Responsable regional en el Lazio.*

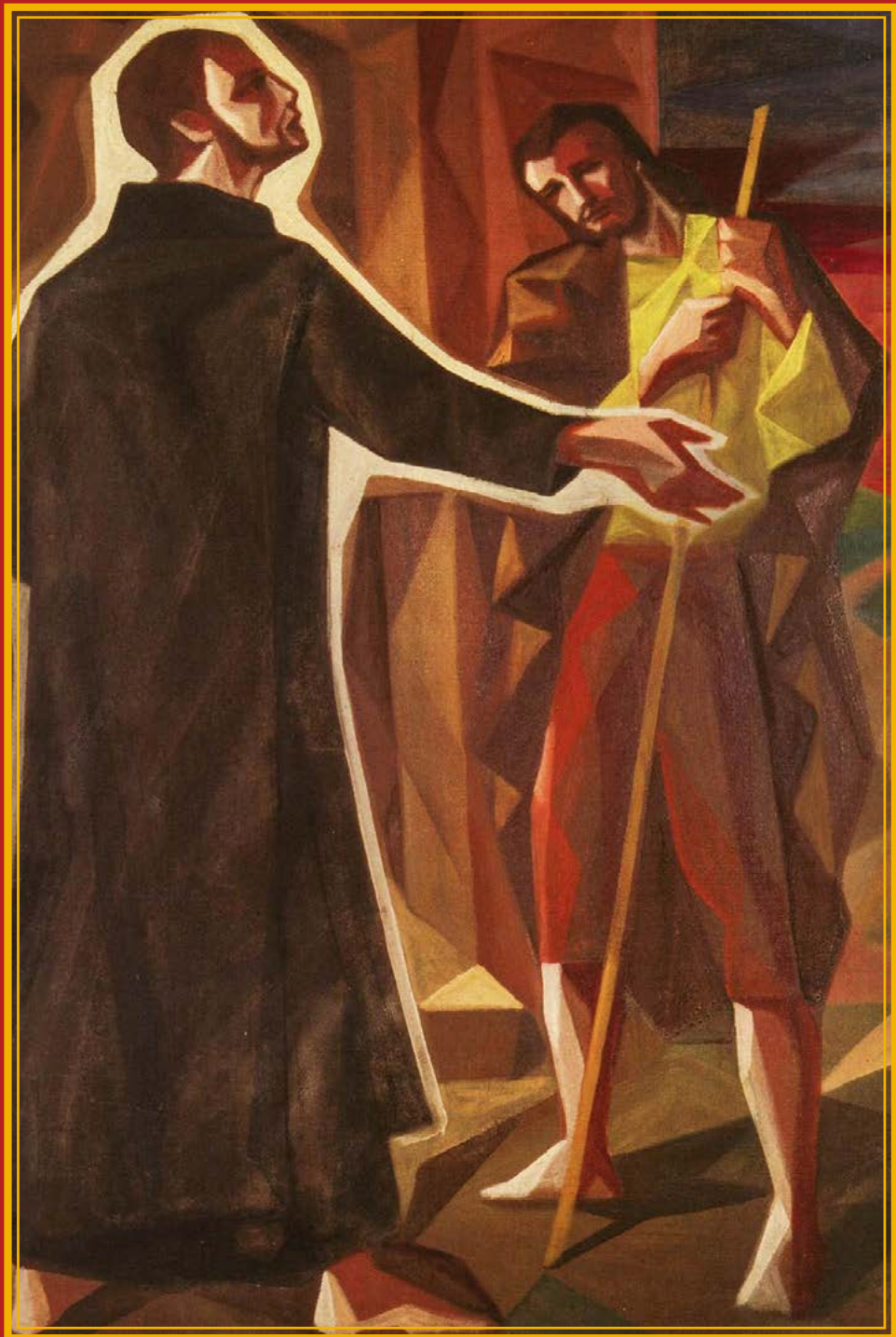
Vestirse y desnudarse todos los días es un gesto natural pero puede ser dificultoso para un enfermo, para quien tiene problemas por su discapacidad, alteración del humor y del estado cognitivo. Particularmente los trastornos del estado cognitivo de las personas afectadas de Alzheimer no saben cómo ponerse las prendas de vestir y en qué orden, no se dan cuenta de la necesidad de cambiarse y les cuesta escoger lo apropiado en función del tiempo y las condiciones atmosféricas. A esto hay que añadir la problemática relativa a la movilidad reducida: hacer una lazada, deshacerla, anudar...

En estos casos ayudarle a vestirse, buscando revalorizar la autonomía reducida, es el mejor modo de disminuir la dependencia de los otros. Con mucha delicadeza se puede ayudar a escoger una vestimenta que respete los gustos, escoger prendas cómodas, tratar de limitar el uso de botones, hebillas, corchetes, que, en cualquier caso, podrían resultar causa de heridas o lesiones.

Una mayor atención requiere el cuidado de las personas encamadas tanto en forma aguda como crónica. Para ellos el pijama o camisón no siempre llegan a colocarse bien pudiendo coincidir con las sábanas. A veces la vestimenta puede suscitar el sentido del pudor (tal vez el más antiguo gesto que distingue al hombre de los animales) al descubrir al enfermo limitado a la cama para cuidar de su higiene personal, para cambiar las sábanas o para ayudarle en el desempeño de las funciones normales fisiológicas, lo que exige una especial atención.

Con demasiada frecuencia olvidamos prestar atención a los gestos de ayuda que hacemos, pero esto es lo propio que nos cualifica y nos hace dignos de confianza por parte de quien los recibe.

Revestir nuestros gestos de esta atención implica en consecuencia facilitar también las relaciones interpersonales. Revestir las relaciones con los “estilos” de la escucha, de la cercanía, de la comprensión, es una cualidad que se pide a quienes viven cerca de situaciones de fragilidad. Es una cualidad todavía más exigida en los cuidados paliativos, donde se encuentran enfermos y familias privados de recursos que les capaciten para afrontar el fin de la vida. Un enfermo se siente mejor tratado, cuanto más se vincula con la vida, porque el amor con que realizamos los gestos es capaz de impregnar cualquier ámbito de la existencia.



IV. DAR POSADA AL PEREGRINO

Francesca Di Maolo

Presidenta del Instituto Seráfico de Asís

La acogida del forastero, junto a las otras obras de misericordia, no representa sólo una cualidad de la comunidad cristiana, sino que es una dimensión fundamental de la caridad que testimonia y expresa en la acción la raíz profunda del ser cristiano.

La acogida en primer lugar implica apertura y dedicación al otro, incluso la capacidad de escucharlo y de hacerle espacio en nuestro corazón. Un espacio en el cual se sienta aceptado tal y como es. Pero la acogida exige también el saber estar próximo al otro, preocuparse del cuidado del otro. Para acoger es preciso que se dé “una presencia que socorre”.

Jesús nos explica la proximidad con la parábola del buen samaritano. El prójimo puede ser concretado en el hermano, en el extranjero, en el enemigo y en el otro.

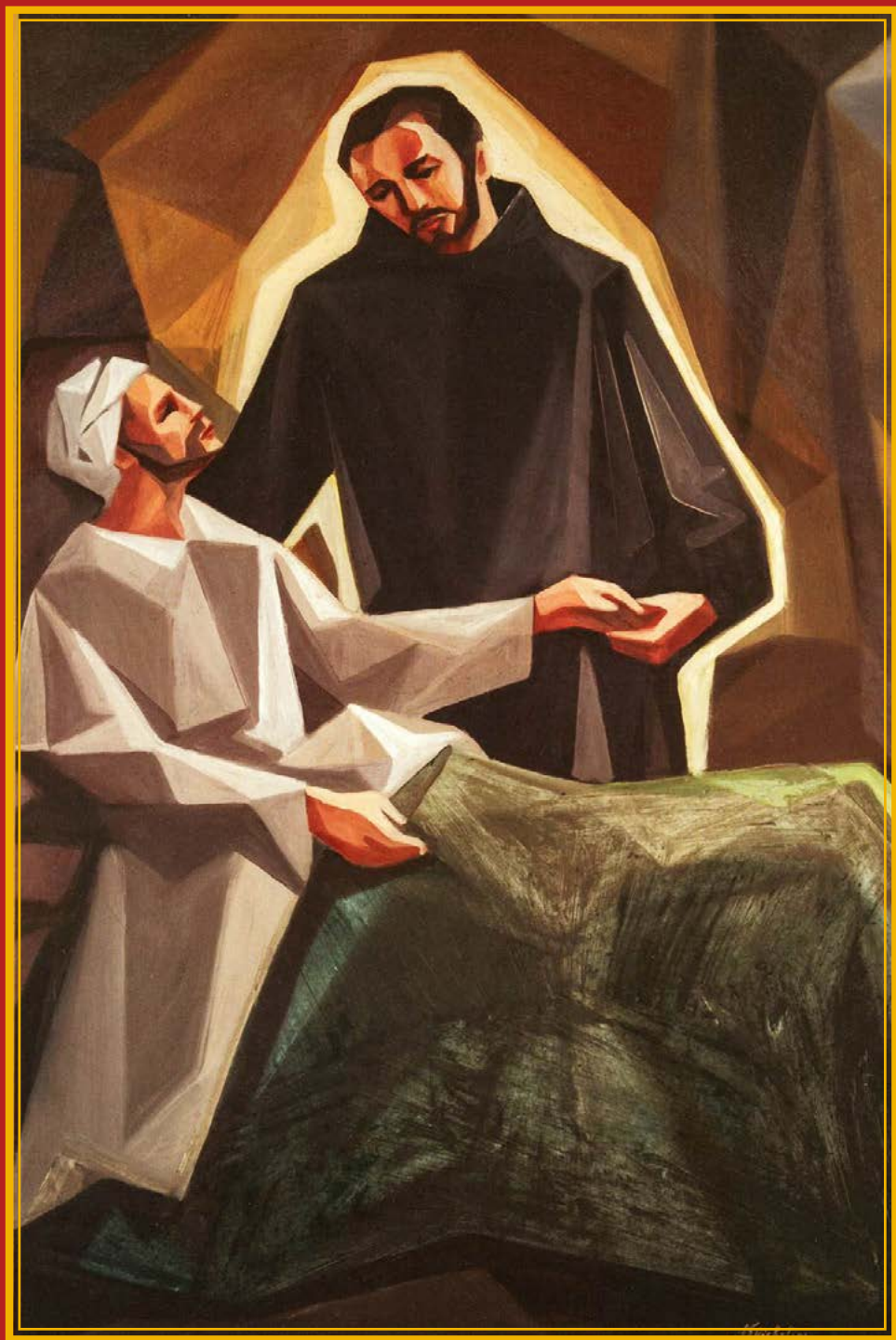
Jesús dice que el samaritano “tuvo compasión de él”. El verbo griego “*splagchnizomai*”, que encontramos en la parábola significa: “notar, sentir algo en las propias entrañas”. De aquí la acepción de “sentir compasión”, “moverse a la misericordia”.

Es la misericordia que crea cercanía y proximidad. El rechazo del emigrante, del extranjero, del prójimo representan la negación de nuestro ser cristianos y de la realidad fundamental de la fraternidad humana. La práctica de la misericordia en la acogida al forastero es hoy más que nunca una fuente de curación: para el hombre que la practica, que podrá curar las heridas del individualismo, recuperando la belleza del don y de la relación, y para el forastero, herido por la desconfianza, por los derechos negados, por la imposibilidad de vivir una vida plena.

Todas las obras de misericordia son actualmente maravillosos instrumentos para la educación de la comunidad según la pedagogía de los hechos. Para cuidar nuestra deficiencia e incapacidad de expresar la condición de hombre y de cristiano tenemos necesidad de reencontrar nuestra sensibilidad, nuestra capacidad de conmovernos por los sufrimientos y las heridas que afligen a nuestros hermanos.

Es el momento preciso de redescubrir toda nuestra humanidad, de no permanecer ajenos al dolor de los otros, de reencontrar la belleza y la alegría de la cercanía y de la ternura.

Es necesario iniciar y reemprender con decisión la vía de la acogida, destruir todas las barreras culturales, superar prejuicios étnicos y religiosos, derribar muros y límites que hemos construido para separarnos del prójimo.



V. VISITAR AL ENFERMO

Carmine Arice, ssc

CEI – Director de la Oficina Nacional para la pastoral de la salud.

La quinta obra de misericordia corporal es visitar al enfermo. ¡Podemos pensar que en el verbo visitar, está incluido el verbo asistir, hacerse cargo! La visita a los enfermos es un momento privilegiado en el cual la comunidad eclesial lleva la luz y la gracia del Señor a aquellos que sufren, reconociendo con humildad que el Señor Jesús se ha identificado con el enfermo y no con el visitador.

Con la debilidad física el enfermo experimenta también la soledad y la desesperación. El dolor aísla.

Visitar al enfermo significa ofrecer con discreción, amor y competencia, una proximidad para atravesar juntos el bache de la enfermedad, hacerle sentir menos solo y que así lo perciba, también si se está permanentemente enfermo en una cama, ha de seguir siendo parte integrante e importante de la comunidad eclesial a la que pertenece. Se vuelve siempre más necesaria una presencia en red sobre el territorio de los agentes de pastoral preparados que, además de visitar a los enfermos en su lugar de curación, se acerquen a los domicilios de aquellos que viven frecuentemente su jornada encamados y en soledad. La visita a los enfermos puede y debe llegar a todos, no sólo a los creyentes, de la parroquia o del lugar de hospitalización.

El agente de pastoral no lleva más que el testimonio de Alguien sobre todo mediante el don de sí mismo, de su tiempo, de su corazón hospitalario, acogedor de la historia del enfermo en su vulnerable individualidad (no somos enfermos sino personas concretas enfermas). En la visita al enfermo el agente acoge sus sentimientos de frustración o de aceptación de su situación, igualmente nobles. El protagonista del encuentro que marca los tiempos y los ritmos de la relación pastoral es el enfermo que tiene el derecho de expresar aquello que tiene en su corazón. Por esto el agente de pastoral debe tener sobre todo capacidad de escucha de la narración verbal y no verbal del visitado ofreciendo al enfermo una comprensión empática que le haga percibir que ha sido escuchado y comprendido.

Esta preparación del visitador puede ayudar al enfermo a dotar de sentido su experiencia y a asumir su valor “sacramental”: si se ofrece con gratuidad, amor y competencia favorecemos, en el respeto de los tiempos y de la sensibilidad misma del enfermo, el encuentro con Cristo. No olvidamos, además, que allí donde no es posible, por diversos motivos, orar con el enfermo, es siempre posible en el silencio y en otros momentos diferentes de la visita, orar por el enfermo.



VI. VISITAR A LOS PRESOS

Marco Lora

*CEI – Adjunto de la Oficina Nacional para la pastoral de la salud,
Docente invitado en la Pontificia Facultad de Teología Teresianum.*

La cárcel es una puerta cerrada que limita la libertad. La pena de arresto es uno de los aspectos que se caracterizan, incluso por su dureza, por la civilización: no más ley del talión, no más pena de muerte. Pero es, y mantiene, una negación de la libertad.

La obra de misericordia de ir al encuentro de un recluso es la etapa de un recorrido interior preciso: la elección de responder a una paternidad de Dios que me hace prójimo a cada “hermano más pequeño”. Expresa poner a disposición por amor, tiempo y talentos. La relación humana directa y personal no puede ser sustituida, ni siquiera por la mejor telemedicina; esta es un instrumento que puede mejorar mucho la calidad, pero no la curación plena, al menos de un adecuado diagnóstico o de una monitorización de muchas patologías de los reclusos. Pero la relación personal es insustituible.

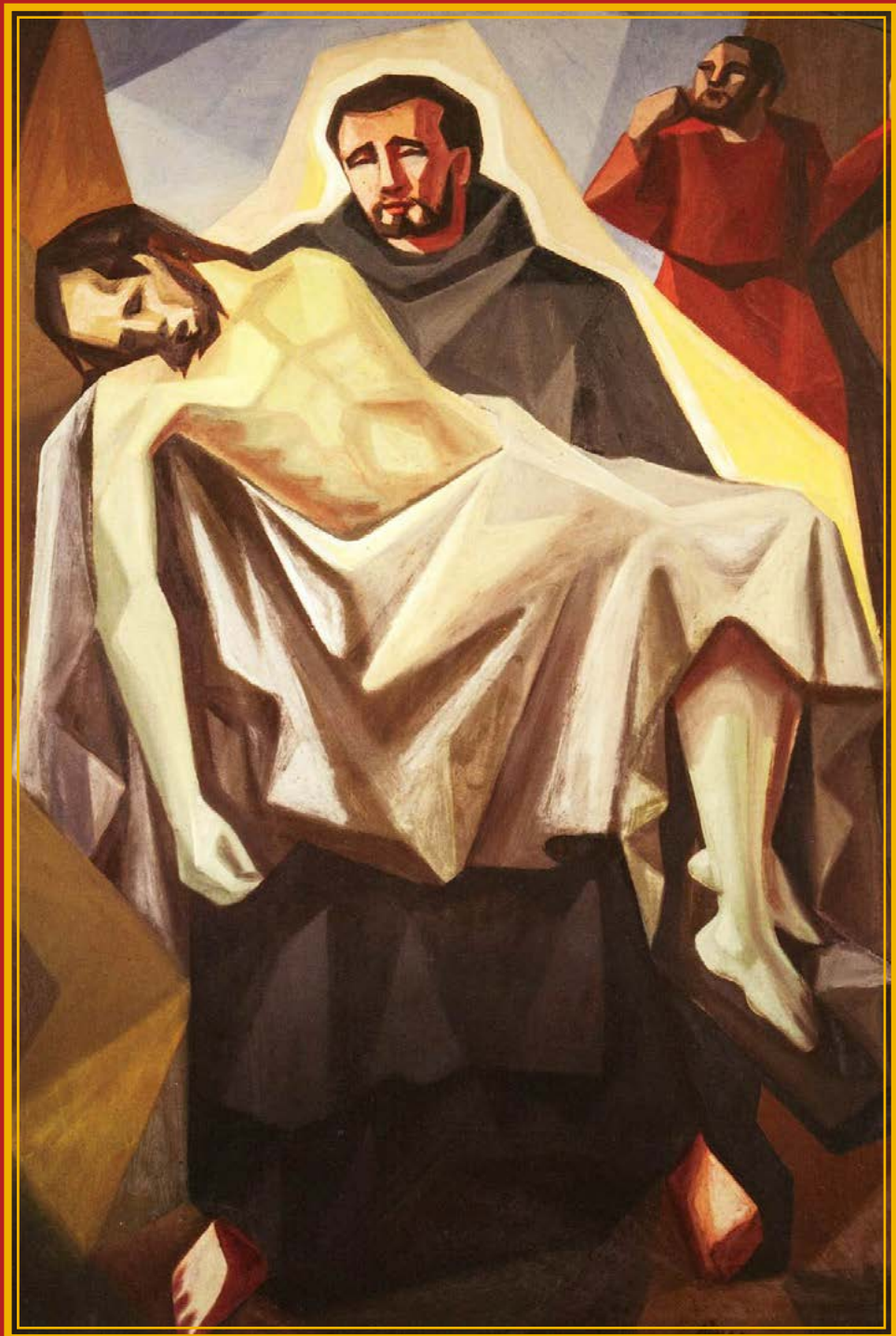
“Dios te bendiga” debe de ser el saludo cuando se visita a un prisionero. Es esta evidencia espiritual que surge de las dos imágenes que pertenecen a la historia de la Iglesia contemporánea. San Juan XXIII visita la cárcel romana de Regina Coeli. Ha querido el encuentro, ha escogido el contacto, ha abierto la puerta de la cárcel; tras casi un siglo que un Papa no visitaba una prisión.

La segunda imagen es el diálogo de 1983 de San Juan Pablo II con su agresor, quien pide que le sea abierta una puerta para entrar en la austera celda del hombre que le ha disparado.

La Iglesia católica también ha reconocido a la Venerable Giulia Colbert que hizo por llevar –incluso más allá de las puertas de la cárcel– un crecimiento material y moral sobre todo para las detenidas, después para las excarceladas, hasta fundar, seguir personalmente y financiar específicas instituciones religiosas.

La visita a la cárcel es actualmente uno de los rasgos imprescindibles en la agenda del Papa Francisco.

La visita a la cárcel sirve para el encuentro, la escucha, y para aliviar el sufrimiento y la soledad, para curar las enfermedades, para ofrecer una proyección de vida y de esperanza. Para ambos, visitador y visitado, el encuentro en la cárcel es la posibilidad de dar una respuesta a la pregunta del sentido de la vida. Aquella puerta pues, se abre si lleva a Cristo.



VII. ENTERRAR A LOS DIFUNTOS

Massimo Petrini

Doctor en Teología Pastoral Sanitaria, Docente emérito del Instituto Internacional de Teología Pastoral Sanitaria - Camilianum

La piedad cristiana ha asumido, como modelo de sepultura para el fiel, la inhumación. La misma por una parte recuerda la tierra de la que ha sido sacado y a la que ahora vuelve; por otra evoca la sepultura de Jesús, grano de semilla que, caído en tierra, ha producido mucho fruto.

Añade el Catecismo de la Iglesia Católica: “los cuerpos de los difuntos deber ser tratados con respeto y caridad en la fe y en la esperanza de la resurrección: La sepultura de los muertos es una obra de misericordia corporal, que honra a los hijos de Dios, templos del Espíritu Santo”.

Al significado y al sentido de la sepultura, la tradición católica siempre ha atribuido significados extraídos de la fe, ya que la muerte no es el fin total de la existencia, sino que señala el final del camino terrenal con la perspectiva de un complemento y de una síntesis de toda la vida, que encuentra su sentido más profundo en la certeza de la esperanza que la muerte del Crucificado resucitado abre.

Actualmente, también por las cambiantes condiciones del ambiente y de la vida, está en vigor la praxis de la cremación del cuerpo del difunto, a cuyo respecto la legislación eclesiástica dispone que: “A quienes hayan escogido la cremación de su cadáver se puede conceder el rito de las exequias cristianas, a menos que su elección no sea fruto procedente de motivaciones contrarias a la doctrina cristiana”. Además, en relación a tal elección, invita y exhorta a los fieles a no conservar en casa las cenizas de los familiares, sino a darles sepultura, hasta que Dios hará resurgir de la tierra a aquellos que allí reposan y el mar restituya a sus muertos.

Ha afirmado San Juan Pablo II: “El hombre sale de la tierra y a la tierra vuelve: he ahí una realidad evidente para no olvidar nunca. Él experimenta también el imprescindible deseo de vida inmortal. Por esta razón los vínculos de amor que unen a los progenitores y a los hijos, marido y mujer, hermanos y hermanas como también lazos de verdadera amistad entre las personas, no desaparecen ni acaban con el ineluctable suceso de la muerte. Nuestros difuntos continúan viviendo entre nosotros, no solo porque sus restos mortales reposan en el cementerio y su recuerdo forma parte de nuestra existencia, sino sobre todo porque sus almas interceden por nosotros junto a Dios.”



VIII. DAR CONSEJO AL QUE LO NECESITA

Paola Geraci

*Médico Obstetra-ginecóloga Directora de la Oficina para la pastoral de la salud
de la Archidiócesis de Palermo*

El consejo a los indecisos es un fuerte apoyo, una sanación reconstituyente, con frecuencia “en píldoras”, en situaciones de cierta urgencia, para llevar a la memoria aquellas raíces, con riesgo de permanecer desconocidas bajo tierra y no en grado de sostener el árbol de las convicciones ciertas, para reforzarlas.

Puede ser, por el temor de ser etiquetados como fundamentalistas, pero se arriesga a permanecer en silencio, cayendo en la omisión de ayuda.

Un embarazo imprevisto, un diagnóstico prenatal de malformación fetal, una esterilidad en la pareja, una enfermedad en estado avanzado ocasionan grandes dudas, que trascienden a las personas implicadas y a los que están en su entorno. Y es muy comprensible.

En estas ocasiones he invocado al Espíritu Santo, dador del Consejo, para tener sobre todo una preparación adecuada, como la que nos propone Jesús “se le postraban delante; pero algunos dudaban. Y Jesús acercándose, les dijo...”.

Distingo dos momentos: vemos a aquellos que se postran para adorar al Señor, pero solo con el cuerpo, y dudan que Él sea el Señor de su vida, a quien dirigirse en cada momento, especialmente en los difíciles. La duda sobrevuela en ellos, disuadiéndoles de acercarse al Señor, y permanecen en la angustia altanera, que impide una buena elección. El segundo es una óptima enseñanza del método a seguir: Jesús no los rechaza, sino que se acerca y habla. He aquí la búsqueda de la palabra adecuada, de pedir al Espíritu Santo para que entre esas palabras pase el Consejo que lleva en sí la fuerza de cancelar la duda y de impulsar hacia la certeza incondicionada a su amor. Es porque en la base de todo está la respuesta del amor del Padre. No siempre resulta fácil hacer esto.

Ante una pregunta importante y demasiado difusa, como: “¿Qué hay de malo?”, “¿Puede Dios condenarme porque deseo un hijo?”, “¿Por qué justamente a mí?”, “¿Qué le he hecho a Dios?”. El consejo se apoya en un testimonio verdadero. En la actualidad, vivimos en un tiempo en el cual prevalece la cultura del valor de la diversidad de opiniones, sostenidas por personajes, para los cuales se ha encontrado un título “los editorialistas”, modernos maestros de la verdad “haz por ti mismo”, a los que la Iglesia intenta enseñar la luz de la Verdad, que tiene una fuerza de atracción, para los que con ánimo recto se acercan a los problemas existenciales.



IX. ENSEÑAR AL QUE NO SABE

Giovanni Cervellera

Doctor en Teología y Presidente Nacional A.I.Pa.S.

Esta obra de misericordia podría resolverse fácilmente en una exhortación para impartir lecciones, sin considerar los efectos y sin preocuparse del resultado. Enseñar no consiste en la mera transmisión de conocimientos, sino que quiere decir establecer una relación que permita aprender un nuevo saber. Fuera de una relación significativa es imposible aprender.

Sobre el contenido, podemos decir que cualquier conocimiento humano es contemplado en esta obra. Aunque podremos tender a reprimarnos de hablar de temas religiosos. El conocimiento espiritual no debe nunca ser distinto del conocimiento humano. Es parte integrante.

Para comprender el “cómo”, observemos el episodio de Jesús con doce años en el Templo de Jerusalén. Jesús escucha y pregunta. Su modo de estar, y por consiguiente, de enseñar es: escuchar y preguntar. Estos dos verbos son fundamentales en la vida de relación, y en la experiencia de quienes se hacen compañeros de camino de las personas sufrientes. La condición de escucha es por sí misma una forma de propagar un mensaje. Se puede enseñar solamente a quien se hace “pequeño”, a quien se hace humilde, a quien se hace ignorante. El coloquio en el Templo ha contribuido al crecimiento en sabiduría de Jesús. De forma similar la enseñanza de todos los docentes es para sí mismo un aprendizaje.

El verdadero docente no se pone en el centro de atención, no se sitúa en la cátedra, no está preocupado de demostrar su valor, más bien nutre el aprendizaje del alumno, y gasta todas sus energías por el discípulo. La sabiduría que el docente posee sirve para hacer fuerte su presencia, para asegurarse a sí mismo que está en situación de enseñar. Ningún libro conocido puede sustituir la lectura de aquel “texto” que cada ser humano ofrece al interlocutor.

¿A quién revertir la enseñanza? A quien manifiesta el deseo de conocer. No hay aprendizaje si no se despierta la motivación interior. Por lo tanto, nada es posible si uno cierra fuertemente la puerta del corazón y de la mente. Por lo demás no hay barrera de pertenencia privada: todos somos destinatarios de un posible aprendizaje.

Por último se insiste sobre la “formación del corazón”. Se trata de una perspectiva que pone junto a las ideas, las emociones y los sentimientos. La formación del corazón exige método, forma y contenido originales, así como plena implicación de quien desea llevar a la práctica esta obra de misericordia.



X. CORREGIR AL QUE ESTÁ EN ERROR

Massimo Angelelli

Sacerdote capellán en el Policlínico Universitario de Tor Vergata - Roma

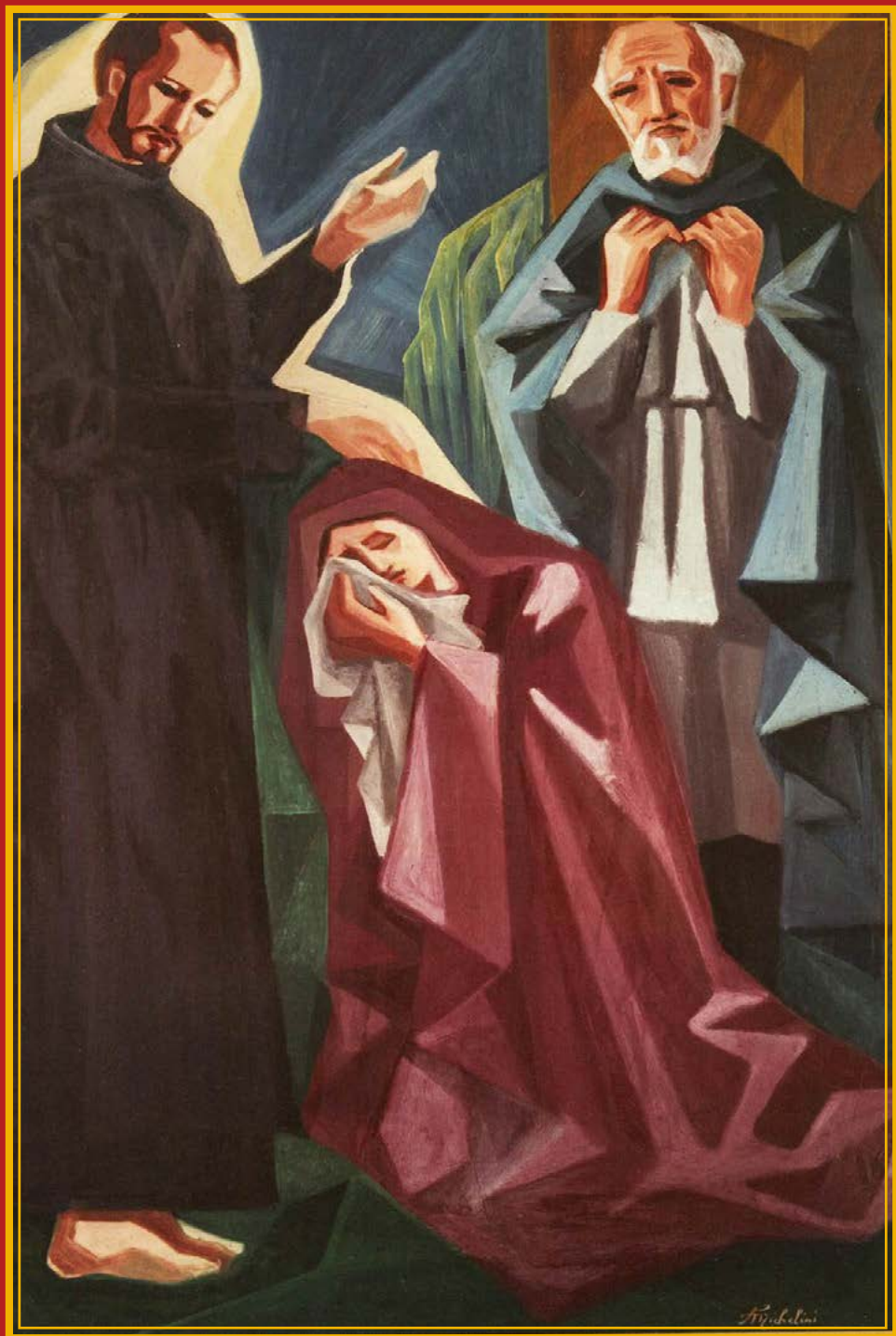
Amonestar a un pecador representa una clara indicación contenida en el Evangelio de Mateo. Ninguno debe perderse, el Padre no lo quiere. Jesús nos hace responsables a los unos de los otros, en un lazo fraterno con el que ninguno puede desinteresarse del otro.

Parece evidente que el proceso de la corrección fraterna implica en sí un quehacer nada fácil. Desde el punto de vista humano se trata de ir a una persona y evidenciar su error. La reacción puede ser imprevisible.

La corrección fraterna es un proceso eclesial ya que quienes la practican actúan por el bien de todos los hermanos y en un contexto comunitario. Esto parece evidente de la lectura del texto evangélico de Mateo, en el que vienen descritos tres grados de implicaciones: en el primero, me hago cercano al sufriente, le hablo de manera reservada, porque le deseo el bien. Por su bien actúo, ya que hay una amenaza inconveniente en su vida, le advierto del peligro para salvarlo de los riesgos que corre. La vida espiritual tiene sus riesgos y si alguno te advierte puede también salvarte la vida misma. En el segundo, si la persona no ha comprendido el peligro, se manifiesta a la comunidad de hermanos, para que la acción caritativa sea compartida y prudente y seamos testimonio de un acto de amor. A veces, actuar comunitariamente, es más eficaz y aleja la idea de que se trate de un problema de relación entre dos. El tercer movimiento es propiamente eclesial, la convocatoria de la asamblea indica una implicación común porque el riesgo es grande, la persona está en peligro. Pero la asamblea cristiana, cuando se reúne, no juzga sino que ora en común y exhorta. Y es en el discernimiento orante cuando la asamblea de los hermanos testimonia el verdadero amor para cada uno de los creyentes. La corrección fraterna no será nunca un juicio, sino un consejo, una sugerencia, un aviso, un acto de amor porque lo que estás haciendo es un error y te hace daño.

Por último queda siempre la libertad que Dios ha dado a sus hijos. La obligación está en la corrección fraterna, en la advertencia; la libertad se ejercita en la aceptación o al menos en la corrección. Hasta qué punto sabrás que has hecho cuanto era posible por el bien del otro, déjalo vivir según su propia elección, porque ni siquiera Dios impone su amor.

La delicadeza, la sonrisa, la cortesía son características de la corrección. Nunca parecerá una acusación, sino más bien un gesto lleno de humanidad.



XI. CONSOLAR AL TRISTE

Danilo Priori

Vice Asistente Nacional UNTALSI

“Dichosos los afligidos porque serán consolados” Estar triste es una situación de felicidad porque se está en la condición de ser consolado. Pero es difícil creer que encontrarse en la aflicción sea motivo de alegría porque seremos consolados por el Señor, fuente de toda consolación.

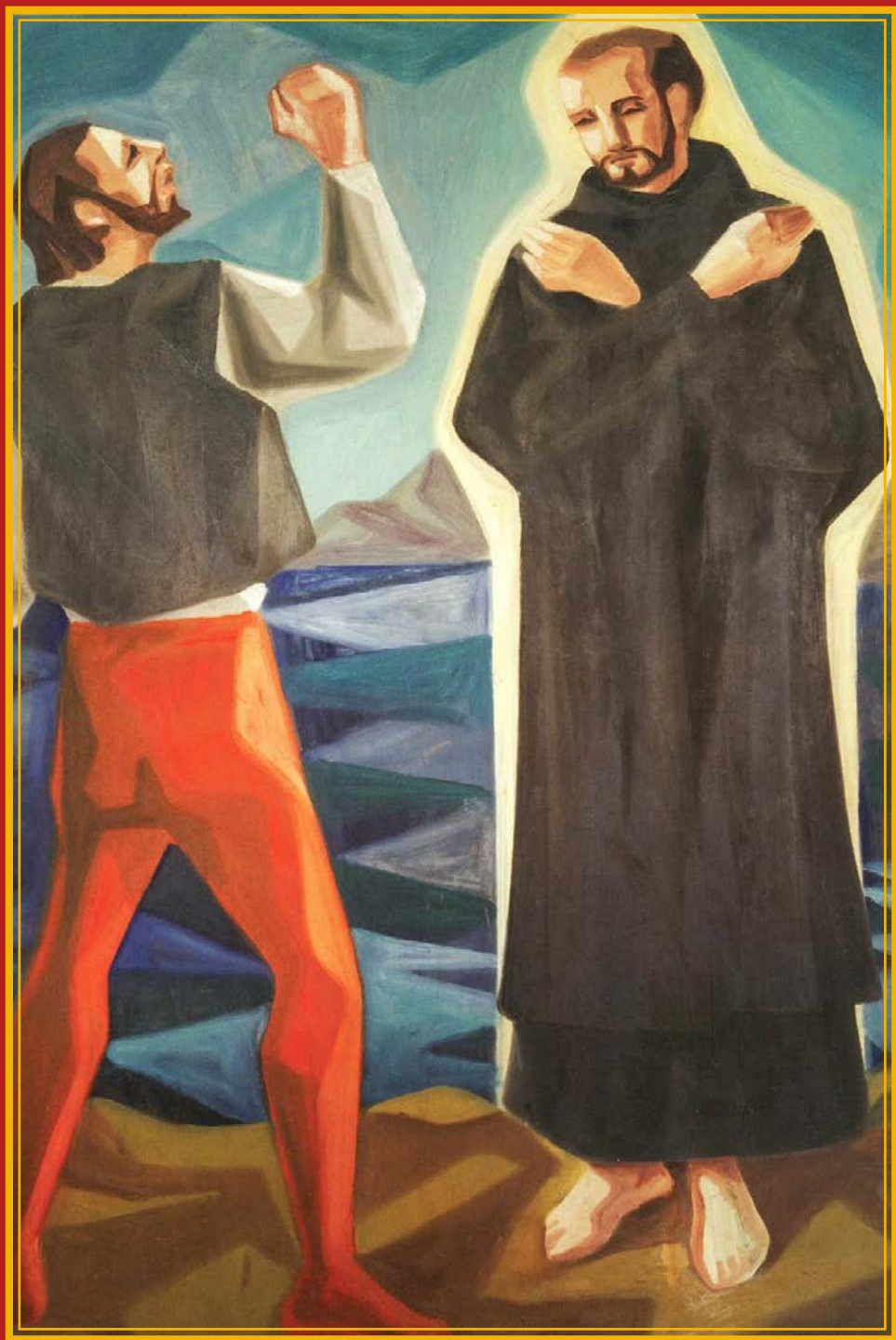
Nosotros estamos llamados a consolar a los tristes porque seguimos a Jesús: es él quien ha consolado primero mostrando el rostro misericordioso del Padre, y al mismo tiempo nos llama a consolar a aquellos en los que podamos descubrir su rostro sufriente.

La consolación anunciada en el Evangelio requiere un poco de la explicación, se enraíza totalmente en la fe: se nos exige por tanto acoger en nuestra vida la aflicción y aceptarla, sabiendo que el buen Dios nos consuela.

Con frecuencia se dice que la verdadera consolación es aquella en la que se arriesga a estar en la aflicción del otro respetando la soledad en la que vive a causa de su sufrimiento: es como decir que ningún hombre puede eliminar la aflicción, pero cada hombre puede hacerse prójimo y mediante su cercanía le haga experimentar la consolación del Señor. Por lo demás el Evangelio puede ser releído como un gran peregrinaje mediante el cual Jesús consuela a la criatura afligida, tal vez curando, otras veces enseñando, también infundiendo esperanza para que cada aflicción se transforme en alegría; y a la Iglesia ha dejado el mandato de continuar esta obra de consolación.

Mientras, nos toca a nosotros estar cercanos al hermano afligido, sabiendo que no todos se atreven a dar una explicación al propio sufrimiento y, cuando esto sucede, podemos considerarlo una verdadera y propia gracia. Se trata de estar al lado de la persona afligida, prescindiendo del motivo de su aflicción, con la voluntad de actuar sin tener la presunción de conocer las palabras y los gestos con los que seguramente consolaremos a la persona en dificultad, liberándonos de aquellos estereotipos de consolación que caracterizan y envilecen la consolación cristiana.

Tal vez la imagen más hermosa y perfecta de consolación es aquella descrita por el evangelista Juan que relata la presencia silenciosa de la Madre a los pies de la cruz de Jesús: sus miradas no tenían necesidad de palabras; sus manos podían rozar solamente en el sufrimiento del corazón, como dos cuerpos afligidos que pertenecen al mismo destino y se consuelan en la profundidad de los suspiros.



XII. PERDONAR AL QUE OFENDE

Enzo Misuriello

Capellán en la Fundación Pequeña Obra Cáritas

La quinta obra de misericordia espiritual nos invita a perdonar las ofensas recibidas, e implicando de manera particular al orgullo; es la más difícil de todas, aparentemente imposible en nuestra sociedad en la cual la humildad, elemental para la capacidad de perdón, es signo de debilidad.

El perdón incondicionado es peculiaridad cristiana y tiene su fuente en Cristo que sobre la cruz, revelando de forma suprema la misericordia de Dios, pide al Padre: “perdónales porque no saben lo que hacen”.

El perdón recibido es también concedido. Refiriéndonos al “Padre nuestro”, el Señor nos enseña a pedir que nos sean perdonadas nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. El perdón cristiano no tiene límites.

El perdón es el éxito de un recorrido interior en el que se madura la capacidad de darse a los otros, a pesar de los sufrimientos y el mal sufrido. Aunque no atenúa la responsabilidad del otro y no cierra los ojos frente al mal, sino que lo asume como tal y lo afronta con el amor, don de la gracia, capaz de renovar también las relaciones heridas.

Es elocuente el testimonio de Carlo Castagna. Pierde mujer, hija y nieto, asesinados cruelmente por dos vecinos de su casa, pero de inmediato concedió el perdón suscitando la admiración e incredulidad de todos. El suceso, pasó a la historia como “La Masacre de Erba”, es recordado también como “El perdón de Erba” título de un libro que recoge entrevistas y declaraciones relatadas por Castagna. En algunas se lee: “Mi mujer y yo teníamos siempre en mente una frase escrita en la fachada de una iglesia de un pueblo cercano a Erba, referida a la cruz: ‘Si me acoges te sostengo, si me rechazas te aplasto’. El perdón no es fruto del buenismo, ni de mi bravura: es un don que Dios nos da para que la vida pueda volver a empezar. Cada día vivo su desaparición y su presencia... la vida continúa con la certeza de que ellos me están siempre cercanos. Cuando entro en mi habitación pienso que Paola está junto a mí, participa en mis oraciones. No hay alternativa a este recorrido. En cualquier situación se puede dar. Un cristiano debe de oponer a la radicalidad del mal la radicalidad del bien; incluso en una situación trágica como la mía que me ha cambiado mi existencia. Como somos amados por Dios, así debemos amar a nuestros enemigos. ‘¿Qué mérito tendrías –dice el Evangelio– si amas solo a aquellos que te aman?’”.



XIII. SUFRIR CON PACIENCIA LOS DEFECTOS DEL PRÓJIMO

Michele Tancredi Loiudice

Miembro de la Consulta Nacional para la pastoral de la salud

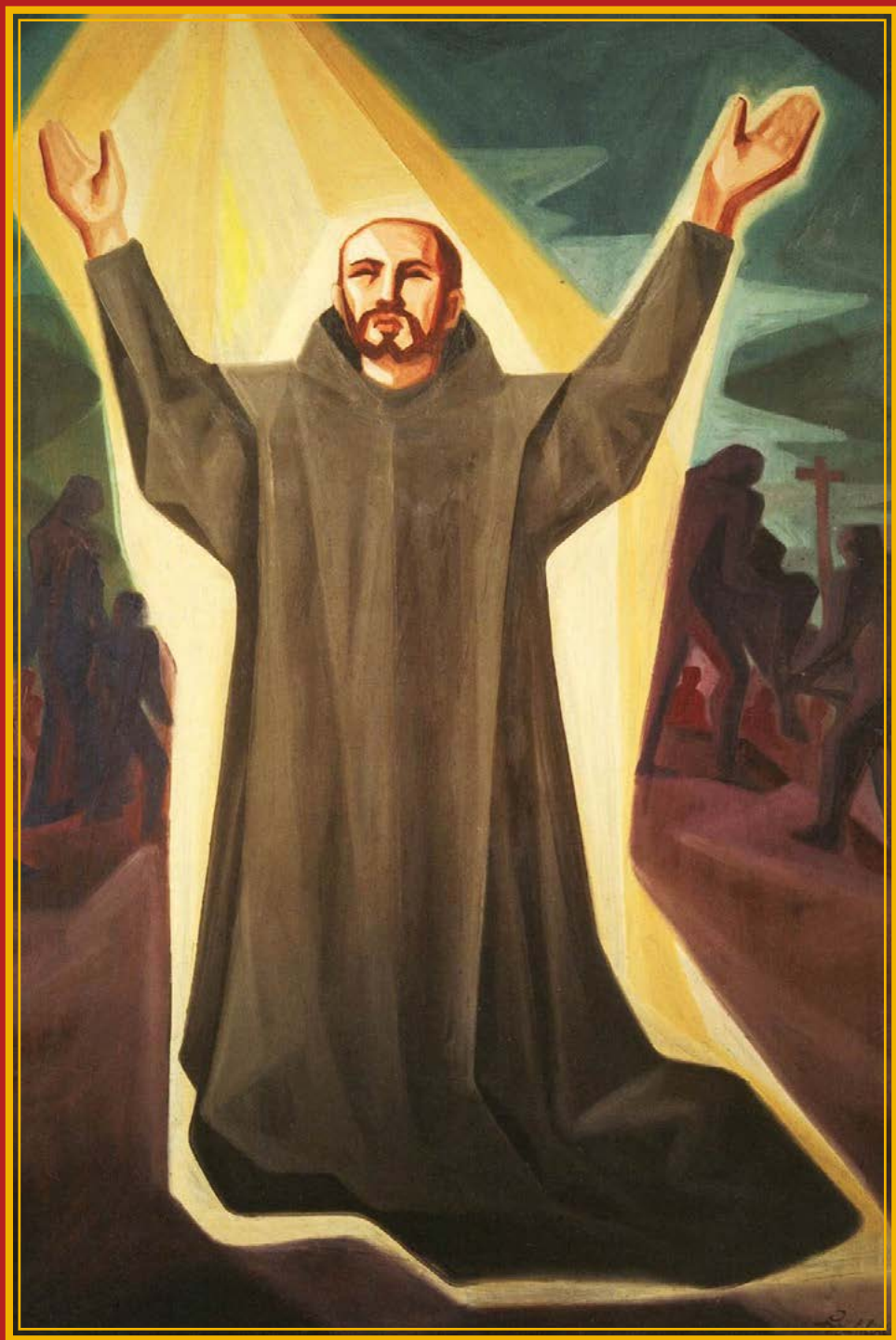
La sexta obra de misericordia espiritual implica a las personas que, consciente o involuntariamente, aumentan el peso de nuestra existencia, cuya mera presencia nos resulta inoportuna, fastidiosa y por añadidura insoportable, pareciendo, casi se podría decir incluso, adherida como una mole, “molestándonos”.

Un personaje “molesto” de los evangelios es la hemorroísa. La molestia es definible por su comportamiento socialmente inaceptable. Según la mentalidad de la época, la sangre hacía impura a una persona y quien la tocaba se volvía también impuro. La decisión de desafiar esta ley representa la voluntad de vivir de la mujer que, tocando el manto no solo quiere curarse sino que quiere adquirir una dignidad. Cuántas veces el enfermo se convierte en enfermedad, cuántas veces el estigma oculta el rostro, cuántas veces la distancia niega el beneficio del contacto. Otro episodio es la curación de un muchacho epiléptico, sobre el que su progenitor se lamenta de la incapacidad de sus discípulos de expulsar el espíritu mudo que se había apropiado del hijo. Los discípulos discutían sobre uno de los aspectos centrales de su misión.

Con frecuencia lo que nos molesta está en relación con la puesta en discusión de los roles. Hoy la llamada mala sanidad ha minado en la base la relación de confianza entre el trabajador/sanitario y el paciente, entre la estructura y la familia, relación que tal vez se establece llevando en sí desde el principio el germen de su evolución conflictiva.

Con frecuencia también el moribundo llega a ser una persona molesta en tanto que pone en evidencia nuestra relación con la muerte, nos pone frente a nuestros límites y a nuestros miedos.

No es inmediata la comprensión del beneficio de soportar pacientemente a las personas molestas. Se da y se recibe misericordia, es decir, si se trata una relación de misericordia, una relación por su naturaleza bidireccional. El soportar resulta beneficioso, incluso esencial, para los fines de la cohesión social en el ámbito de una familia, de una comunidad, de un hospital. Si por una parte se es consciente que alguno puede pasar de molestado a molestadador, más difícil es todavía ponerse en el lugar del que nos molesta, comprender las razones, compartir el desagrado, sentirlo hermano en la humanidad. La medida de este aguante para el cristiano es una vez más el amor: la caridad que “todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”.



XIV. REZAR POR VIVOS Y DIFUNTOS

Filippo Urso

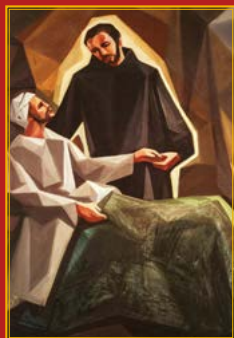
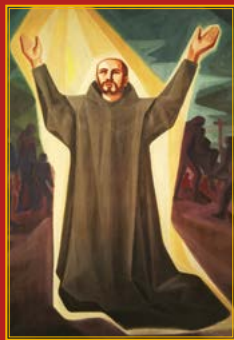
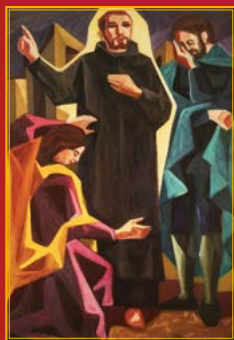
*Director de la Oficina para la pastoral de la salud de la Archidiócesis de Taranto
y Encargado regional de Puglia*

Rogar a Dios por los vivos y los difuntos compromete la vida del creyente en una acción de intercesión por los demás.

La plegaria de intercesión por los vivos “se sitúa siempre bajo el común denominador de la comunión mutua y del amor fraterno”. El creyente que ora cerca de Dios en favor de algún otro se sitúa entre Dios, santo y misericordioso, y el hombre, pecador, mísero y sufriente, necesitado de ser salvado. Así, orando se expone por el pueblo pecador y asume la responsabilidad de la acción, como hizo Jesús. En la plegaria por los vivos, están todas sus alegrías y dolores, sus necesidades y sus expectativas. Así rezando se hace memoria de las personas que nos aman, se ruega por los perseguidores y se ama a los enemigos.

La oración de los vivos por los difuntos: “La Iglesia de los que caminamos en la tierra, reconociendo bien esta comunión de todo el cuerpo místico de Jesucristo, desde los primeros tiempos de la religión cristiana cultivó con gran devoción la memoria de los difuntos y, ‘porque santo y saludable es el pensamiento de orar por los difuntos para que sean absueltos de los pecados’ ha ofrecido por ellos también sufragios” (Lumen Gentium). En el segundo libro de los Macabeos se puede leer que después de la batalla de Iamnia, Judas Macabeo y los suyos fueron a recoger los cadáveres de los caídos para sepultarlos y oraron por ellos. El texto es el primer testimonio de una fe de este tipo, a propósito de la eficacia de la oración y del sacrificio expiatorio por la remisión de los pecados en favor de los difuntos. En esta oración de sufragio por las almas de los difuntos se expresa así el amor y la solidaridad de los vivos hacia aquellos que han muerto, pero están vivos cerca de Dios. Además, “nuestra oración por ellos puede no solo ayudarles, sino también volver eficaz su intercesión en favor nuestro”.

La Sagrada Escritura garantiza también la oración de los muertos por los vivos; leemos en la Lumen Gentium: “A causa, en efecto, de su más íntima unión con Cristo, los habitantes del cielo refuerzan a toda la Iglesia en la santidad... Admitidos en la patria y presentes en el Señor, por medio de él, con él y en él no cesan de interceder por nosotros ante el Padre ofreciendo los méritos adquiridos en la tierra mediante Jesucristo, único mediador entre Dios y los hombres... Nuestra debilidad, en consecuencia, es ayudada por su fraterna solicitud”.



ORDEN HOSPITALARIA DE SAN JUAN DE DIOS
Clínica Nuestra Señora de La Paz

C/ López de Hoyos, 259
28043, Madrid

www.nuestraseñoradelapaz.es

91 415 60 00

